



Huellas de una presencia*

E S T H E R S E L I G S O N

El paso del tiempo no es el paso del hombre. Sin embargo, la presencia de ambos deja huellas en todas las cosas, vestigios de un diálogo ininterrumpido en el que se evidencia, principalmente, el misterio del transcurrir y el esfuerzo humano por darle una respuesta.

Un horizonte común recoge esas huellas: la vida. La vida en las texturas de ése su rostro que se llama Realidad, en las vibraciones de ésa su piel que se manifiesta en la cotidianeidad, en el diario quehacer de las creaturas y la incesante transmutación de la mate-

* Mecanoescrito original, 1982.



ria. En la vasta urdimbre de lo que el hombre es capaz de ver, tocar, escuchar, gustar y olfatear, el flujo de la vida teje con invisibles hilos su visible mensaje de correspondencias, de afinidades electivas, juegos de luz y de sombra, voces de un movimiento donde nada está abandonado al azar, donde nada es caótico en la simultaneidad del crecer y menguar, del morir y nacer, del ocultar y descubrir.

Dentro de esa armoniosa complejidad sólo el artista logra penetrar (el místico y el niño se encuentran tan naturalmente inmersos en ella que no necesitan expresarla), escuchar alguna nota de su secreta música, captar algún destello de su luz intrínseca. El artista transmite lo que sus sentidos, su entendimiento y su sensibilidad captan para compartirlo con otros sentidos y entendimientos y sensibilidades y así enriquecer su experiencia de la vida y del hombre.

Rogelio Cuéllar ha escogido —si acaso un don se puede escoger— la fotografía como instrumento de aprehensión y de expresión de la realidad. Y hay, en ese querer “sólo ver” que tras su lente el ojo del fotógrafo persigue, todo un testimonio de lo inapresable y de lo infinito de la vibración y el movimiento de la vida, testimonio de un fluir que se plasma en la luz, en la desbordante sensualidad con la que el ojo le da consistencia a las formas que selecciona, penetra, acaricia y enlaza.

En la variedad de temas que la cámara de Rogelio Cuéllar recoge, paisajes, rostros, objetos, telas animales, ventanas, paredes, cuerpos, en la diversidad de escenas, de actitudes, de gestos, no hay dispersión alguna, sino un deseo profundo de transparentar lo velado, de darle voz a lo invisible a través de la mirada, de hacer cantar lo que habla y hacer hablar lo que parece mudo: un vestido, unas manos, unas naranjas, una casa, un árbol, una jaula, la sonrisa de un niño, un letrero, un quicio, una pisada, un reflejo de agua, son todos signos coherentes de un mismo lenguaje, de una única presencia. Pues la realidad es un enorme espacio de vasos comunicantes donde lo que deja huella es la transparencia, la voluntad del fotógrafo por volver translúcida, también, su propia sorpresa frente al misterio, a ese impenetrable secreto de las cosas ante el cual sólo queda fungir como testigo mudo. Y no obstante, hay algo tan intensamente palpable, palpado, vivido, sentido, sufrido, en esas texturas de la materia, de los cuerpos, de los rostros y los objetos plasmados en las fotografías, que se diría que una puntita del velo se ha descorrido y algo, “algo” se ha penetrado, descifrado.

En la mirada de Rogelio Cuéllar no hay nostalgia o tristeza que enturbien esa mirada esencialmente gozosa, gozosa incluso en su encuentro con el dolor, con la miseria, con lo sórdido, con la ironía: se trata de una manera lúdica de ver. Un mirar que se sumerge en su propio espacio interior para mejor entrar en comunicación con el espacio exterior, pantalla de reflejos. Mirar que está en el centro de la confluencia de la subjetividad y la objetividad, confluencia que es encuentro, búsqueda de lo incesante a partir del contexto de lo cotidiano y de los elementos de la actividad humana.

El ojo de Rogelio Cuéllar no congela, no apresa, no detiene. En sus fotografías el espacio sabe, huele, escucha, contempla, conversa, porque es luz en movimiento, plasticidad de texturas, correspondencia de formas materiales y de estados anímicos, relación de mensajes entre los cuatro mundos (mineral, vegetal, animal y humano), huellas de una presencia cuya lectura está en los juegos de luz y de sombra.

En la mirada de Rogelio Cuéllar el mundo está traspasado por la energía luminosa, indicio inequívoco de su disponibilidad de artista, de su apertura interior libre de prejuicios estéticos y de ataduras intelectuales. La lente de su cámara no constriñe el horizonte dentro

del marco que determina el aparato. Siempre hay algo que queda por reelaborar, por descifrar... ¿Qué hay detrás de las ventanas, ¿qué miran? ¿Hacia dónde se abren las puertas?, ¿quién las empuja? ¿Qué aires, lluvias, sudores y alientos han impregnado esas paredes que gesticulan como rostros humanos? ¿En qué dimensión del tiempo sin tiempo se mueven esos seres apesados en el papel fotográfico? ¿O es tan sólo nuestra imaginación quien los detiene, y en cuanto desviemos la vista van a seguir su camino? Siempre queda la sen-

sación de que el flujo de la vida se hizo presencia en una huella, efímera aparentemente por estar sometida al transcurrir, pero imborrable e imperecedera por cuanto traduce una imagen de lo invisible.

Así, la obra de Rogelio Cuéllar, testimonio lúdico del paso del tiempo y del paso del hombre, deja su tejido de signos en nuestra mirada, contemplación de múltiples hebras y nudos que se refractan en el espejo-prisma de nuestros pensamientos y sensaciones. ●



Luis Palacios Kaim. Fotografía: María Luisa Passarge.